

Los otros embajadores me advierten de carestías, de concusiones, de conjuras o bien me señalan minas de turquesas recién descubiertas, precios ventajosos de las pieles de marta, propuestas de suministros de armas damasquinas. ¿Y tú? —preguntó a Polo el Gran Kan—. Vuelves de comarcas tan lejanas y todo lo que sabes decirme son los pensamientos que se le ocurren al que toma fresco por la noche sentado en el umbral de su casa.

ITALO CALVINO, *Las ciudades invisibles*

## PRÓLOGO

El sonido del despertador irrumpe en la noche y me saca de la cama. Es hora de partir. Se repite la escena de otra madrugada en la que desperté a mis padres para despedirme. En su camisión de verano, descalza, en el hall de casa, mi madre me dice: «Que encuentres lo que vas a buscar».

Este es el relato de un viaje a través del agua: origen, destino y medio atravesado desde el que observo la tierra. ¿Por qué el agua? Porque cerca de ella me siento cómoda, me invade la calma y el paisaje rellena mis agujeros de persona urbana, aquellos que se forman al vivir rodeada de cemento.

El agua, sin embargo, no es el motor de este viaje. Lo es una serie de búsquedas: el deseo de experimentar la vida en lugares nuevos, el amor, las casualidades. El agua no motivó mi búsqueda, pero en cada

lugar que transité me descubrí deseándola y yendo a su encuentro cuando la sentía lejos.

Trazo el camino de estos viajes fragmentados, conectados por el agua y los convierto en un solo recorrido. En este relato de agua dulce y salada reinvento, recuerdo, reviso, recreo; tejo memorias, imágenes y pensamientos.

Para reconstruir esta historia a través de diversos paisajes me acompañan personas que han dedicado su vida al río, cronistas de las aguas; con ellos he descubierto ciudades desde sus ríos y no ríos desde sus ciudades.

TRES  
FORMAS  
DE ATRAVESAR  
UN RÍO

# PARANÁ



## NO RIVER TASTES LIKE THE PARANÁ

Nací en Rosario, urbe bañada por el río Paraná, el segundo río más largo de Sudamérica después del Amazonas. Mi vida allí fue vasta como su cauce y mis recuerdos están regados por sus aguas de color marrón.

Según la clasificación de Köppen, Rosario tiene un clima subtropical húmedo o pampeano: en invierno las temperaturas no son bajas pero el frío se mete en los huesos y en verano el calor húmedo es asfixiante —las sábanas de la cama se pegan a la piel, los baños refrescantes dan un alivio demasiado breve y los mosquitos son un habitante urbano cercano, invencible e inevitable—. Cuando comienza el buen tiempo, es frecuente ver lagartijas reptando por las paredes, acercándose a las lámparas para alimentarse de los insectos allí reunidos; por las noches, los murciélagos planean bajo, pasando cerca de los paseantes; una teme que se enreden en los cabellos en uno de sus vuelos.

Cuando la humedad parece no poder aumentar más y ya no es posible ni recordar el propio nombre, un viento se levanta para dar lugar a una tormenta que finalmente estalla. Rayos y truenos se adueñan de los sonidos de la ciudad y el agua cae a baldazos. Mi cuerpo, el de una urbanita acalorada más, es aliviado por unas horas. Rosario es, resumiendo, una ciudad húmeda, fluvial y verde.

La ciudad se encuentra en la margen derecha del río, su límite oriental. El Paraná que la baña nace en Brasil entre los estados de São Paulo, Minas Gerais y Mato Grosso do Sul. En su camino hacia el sur del continente, el río corre por tierras de los guaraníes, cuya toponimia se entremezcla con nombres elegidos también por otros pueblos.

Pronuncio estas palabras, tantas veces repetidas, pero no escuchadas, y toman ahora un nuevo sentido: Oberá, Curuzú Cuatiá, Carcarañá... Revelan una historia y arman un mapa oral formado por relatos. Según la escritora Penelope Lively, amante de los jardines, «los nombres de los lugares te cuentan quién ha pasado por ellos, mientras que las plantas te dicen quién las ha conocido y hablado de ellas». El idioma guaraní no solo nos legó una abundante toponimia,

sino que, además, después del latín, ha sido el más utilizado en la catalogación de flora y fauna; el pueblo guaraní conocía su hábitat como si fuera la palma de su mano.

El escritor santafesino Juan José Saer cuenta en su libro *El río sin orillas: tratado imaginario* que, además de la toponimia indígena, en la región son comunes los nombres religiosos utilizados por los españoles llegados a estas tierras (por ejemplo, Sancti Spiritu y Buenos Aires, llamado en su primera fundación «Real de Nuestra Señora Santa María del Buen Ayre» por la patrona de los navegantes), nombres femeninos con los que inmigrantes de la segunda mitad del siglo XIX bautizaron a las colonias donde eran destinados (Rafaela, Casilda, Emilia) y nombres que apelan a las sensaciones —por eso tenemos ríos «grandes», «chicos», «dulces» o «salados», según sus percepciones—. Pienso entonces en el gesto de probar un río para conocerlo y recuerdo esa curiosidad incontenible que me hace tragar un poco de agua mientras estoy nadando o abrir los ojos para comprobar que todo es inmutablemente marrón o chupar un jabón para averiguar si sabe como huele. Conozco el mundo a través de todos los sentidos; no solo mediante la vista.



Huelo el río en contacto con mis cabellos, lo saboreo, lo siento acariciar mi piel y oigo el murmullo de su vaivén. Cada una de estas relaciones entre el río y mis sentidos se queda grabada en mi memoria a pesar del tiempo y de la distancia, como cuando dentro de nuestra cabeza recordamos la voz de una persona querida.

Escucho ahora el nombre de este río, que en la lengua tupí-guaraní se forma por *pará*, que significa «mar», y *ná*, «pariente» o «semejante». El Paraná fue llamado «pariente del mar» debido a su gran extensión, tanto en longitud como en anchura. Intento contener el deseo de mostrar con una fotografía lo grande que es el río cuando en otras geografías soy enfrentada a un colega angosto. Aunque pueda parecer lo contrario, este gesto no responde a un orgullo guiado por tamaños; explica una necesidad latente de quienes lo hemos querido.

La vista de mi orilla natal se compone por el ancho río y una extensa línea de isla. Detrás de ella, se alcanza a ver más agua y más islas. No hay límites para este paisaje; la mirada no encuentra ninguna ciudad contra la que chocar. Es la ausencia de cemento, la de un interlocutor que interrumpa, la que me permite entregarme al Paraná, hablarle y confesarle

lo que hay en mi interior. No hay nadie al otro lado capaz de detener mi flujo de intimidades, tan solo un pescador en su bote, un timonel en su lancha o un buque, atraviesan mi campo visual. Mis ojos se acostumbran a pedir una amplitud en la que quepa ese paisaje. Esta es mi idea de un río.

La orilla frente a mí invita a la reflexión, no la coarta. Esa orilla es yuyo, sauce y barro. Es esa otra parte que, escribe Saer, le da razón de ser a un río, regularidad que no sucede en el Río de la Plata, cuya falta de orilla visible sorprendió a quienes se aventuraron allí por primera vez.

Frente a Rosario, la orilla es isla en permanente cambio. El río arrastra sedimentos que va depositando en islas mutantes, modificadas también por el impacto de las infraestructuras fluviales y los barcos de gran calado que navegan la vía del Paraná. Esto lo conocen muy bien las casas que hay construidas en estas islas, de frente a la ciudad; algunas se han ido derrumbando, otras resisten de pie como ruinas inestables.

Las casas isleñas suelen estar erigidas sobre pilotes que evitan la entrada de agua durante las crecidas del río. El nivel sube tanto que gran parte de las

playas de ambos márgenes desaparecen. En este tiempo, además, pueden llegar, flotando sobre las pequeñas islas de camalotes arrastradas por la corriente, animales que ya no viven en estas zonas o que se mantienen algo apartados, por ejemplo, las víboras. En una ocasión una iguana fue avistada en un club de remo paseando, despistada, su lomo escamoso.

De pequeña presencié una de estas crecidas. Me encontraba en el club náutico una mañana nublada y fresca pescando mojarritas con mis abuelos cuando vimos algo negro que flotaba en el río. Era un pequeño islote semicircular que se arrastraba lentamente. Mi abuelo fue rápidamente a buscar a un lanchero. Desde una pequeña embarcación a motor se acercaron al montículo flotante blandiendo un palo para pincharlo. Pocos minutos después, con cara de haber obtenido una respuesta, regresaron: se trataba de una vaca. Seguramente el terreno que la sostenía se inundó poco a poco hasta que la corriente se la tragó. Si hay algo cierto en el río, es que nunca es el mismo: lo que un día es tierra puede esa misma noche dejar de serlo.